



**CARRERA EN
EL BOSQUE
DE LOS CEDROS
CABIZBAJOS**

Pues señor: ese era, sin duda alguna, un día feliz en el bosque de los fresnos cabizbajos, ese bosque de árboles de gruesos y altos troncos, pero de frondosas copas ligeramente caídas hacia abajo.

Todos los lugareños, llamados también “cabizbajeros”, se dirigían, nerviosos y emocionados, hasta la explanada de los maizales recién cortados, donde algo importante iba a ocurrir en apenas unos minutos.

- Venga, corred – les gritaba una mamá a sus crías, observando cómo se quedaban las últimas – que va a empezar la carrera y llegamos tarde

- mamá, no podemos correr más. Somos tortugas.

Todos corrían y se dirigían hacia la amplia explanada, pero entre todos, era sin duda el viejo topo “Quetetopo” el que más preocupado estaba. En realidad parecía ser el único capaz de comprender lo peligroso de todo.

- Ya sabéis que es peligroso salir de la frondosidad de nuestros árboles, que tan bien nos protegen – dijo en más de una ocasión. En realidad, cualquier momento era bueno para repetirlo a todos y cada uno de los vecinos. . . en especial, a los dos interesados.

Pero todos estaban emocionados, y nadie hizo caso al sabio anciano.

Al llegar al límite del bosque con el maizal, recién cortado por la mano humana, todos los animalitos se acomodaron en las gradas, construidas por los pájaros carpinteros con ayuda de mazorcas y de ramas.

Las gradas estaban construidas bajo el abrigo de los árboles, ocultando al diminuto público de los potentes rayos de sol y de los peligros de fuera del bosque.

La expectación era máxima. En un lado estaban los ratones, las arañas, las lombrices, las abejas, las ardillas y los topos. Al otro estaban las culebras, las liebres, las mariposas, los escarabajos y los saltamontes.

Todos estaban allí para animar a su favorito, y su rivalidad no estaba reñida con la buena educación y el respeto.

Lo que allí había que dirimir era quién era el animal más rápido del bosque, y acabar así con más de dos años de enfrentamientos entre los partidarios del ratón cabezón y los de la liebre “nuncatienefiebre”.

El ratón cabezón era rapidísimo. Tanto que casi resultaba imposible verlo con claridad durante sus carreras.

La liebre “nuncatienefiebre”, con sus gigantescas zancadas, causaba la admiración de todo aquel que la observaba en su elegante correr.

Y lo más curioso es que nunca se habían querido enfrentar. Siempre se habían respetado y temido, pero ambos supieron que era la hora de demostrar quién era el más rápido de ese bosque.

El ratón cabezón llegó con su brillante ropa deportiva, haciendo ostentación de su velocidad y fuerza, moviendo graciosamente sus bigotes mientras se peinaba el flequillo, mirándose en un espejo que soportaban otros dos roedores de su familia.

- ¡Admirad al roedor más atractivo de todo el bosque de los fresnos cabizbajos! – gritaba uno de su cohorte, utilizando unas hojas plegadas como megáfono.

La ovación fue enorme, lo que terminó de elevar el ego del joven roedor, que no dejaba de presumir y de vanagloriarse.

- ¡Atención, atención – gritaba una graciosa coneja, dando paso a una cabalgata de carrozas hechas de mazorcas y con piedras redondas como ruedas – aquí llega el animal más bello y veloz de todo el bosque de los fresnos cabizbajos... Con todos ustedes la liebre con fiebre!

- ¡Bravo, bravo! – gritaba la hinchada, elevando banderines hechos con pétalos de hojas, mientras las carrozas avanzaban entre el jolgorio.

Ya estaba todo preparado para la gran final. El público rugía emocionado, y los dos atletas terminaban de hacer sus estiramientos, haciendo gracias a sus seguidores y olvidando todo lo demás.

El topo que te arropo, subido en el estrado donde aguardaba la aureola de vencedor, pidió silencio a todos y se preparó para dar la salida.

¿Estáis seguros de lo que vais a hacer?

- claro que sí – dijeron los dos competidores, sonriendo a su público

- recordad que ahí afuera estaréis solos y nadie os podrá ayudar. Ni siquiera los árboles que aquí nos protegen.

- Preparados... - gritó, al ver que nadie le hacía caso, y que todo estaba decidido ya

- listos... - gritó de nuevo mientras la mayoría apretaba los dientes, si es que tenían, claro

- ¡ya!

Un salto veloz por parte de los dos, y todos se quedaron sin habla. Sin duda, la victoria fue para el que nadie esperaba.

Los partidarios del ratón cabezón lloraban desconsolados... los de la liebre que tiene fiebre, igual.

Dos águilas, acechando entre las ramas de un frondoso árbol, tomaron carrerilla al oír la señal.

Nadie contó con la velocidad de las dos águilas, y la carrera terminó justo al empezar.

Los vecinos del bosque de los fresnos cabizbajos se quedaron, un año más, sin saber quién era el más rápido de su bosque.

Y así seguiría siendo, porque sus dos atletas más veloces se alejaban por el cielo azul, atrapados por las feroces zarpas de un animal mucho más rápido y con el que no habían contado.

Moraleja: Siempre hay alguien más "... " que tú.